

**DISCURSO DE DESPEDIDA RETIRADOS UMCE DEL
RECTOR JAIME ESPINOSA ARAYA**

Santiago, 22 de enero del 2019.

Con emoción y afecto, despedimos oficialmente a nuestros queridos colegas académicos y funcionarios profesionales, técnicos, administrativos y auxiliares de nuestra universidad, que se han acogido voluntariamente al programa de incentivo al retiro que ofrece la ley correspondiente.

Decir "oficialmente", no significa solamente el cumplimiento de las formas de estilo que la convención social exige. Para nosotros tiene un significado profundo de amistad institucional, donde se hace consciente el acumulado de momentos felices que durante tantos años hicieron posibles sus vidas en nuestra universidad. Seguramente, hubo momentos ingratos. Pero ninguno tan ingrato como para despreciar la asistencia a este encuentro solemne. Por eso, agradezco su asistencia a este acto. Porque es la oportunidad de representar la gratitud de toda la universidad por su pertenencia a ella, por su contribución, por su dedicación, su compromiso y su afecto. No en vano fueron tantos años, tanta historia que ayudaron a construir.

El tiempo del retiro es el tiempo de una nueva búsqueda de sí mismo; mejor dicho: un encuentro mejor con el ser y el estar en el mundo. Un

tiempo de afinamiento del espíritu, después del ensayo permanente del vivir. Otra mirada; otra perspectiva. Otros goces. Otras esperanzas.

Ya no es el trabajo sistemático, preñado de urgencias; sino la definición de un nuevo estado vital. Las luces y las sombras tienden a reunirse en un punto de armonía que, lejos de la opacidad del miedo, encienden un sol en nuestra frente, como si fuéramos un faro vivo, que se desplaza por el mar del mundo, hasta encontrar el lugar más seguro para el desembarco. Un espacio sin edades que contar, donde los tesoros yacen a la mano, descubiertos por la brisa tenue y paciente del tiempo, que ha cavado por todos los horizontes.

Como dice Fray Luis de León en su *Oda a la vida retirada*,

"¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido ...".

Este estado de plenitud que otorga la madurez; esa tercera edad que acoge a hombres y mujeres, despojados de la vanidad; pero llenos de sentido, es el tiempo que hoy inician nuestros

queridos académicos y no académicos que hoy honramos en esta ceremonia.

La comunidad universitaria de la UMCE, la Universidad Pedagógica de Chile, les expresa su gratitud por habernos entregado toda su segunda edad, aquella que la sociedad humana reserva al tiempo de la entrega y del servicio.

Nuestra universidad se construye con el generoso aporte diario de cada uno de nosotros, los académicos; pero también lo digo, por los profesionales, los técnicos, los administrativos y los auxiliares de servicio. A ellos, mi mejor sentimiento de afecto. Casi sin darnos cuenta, cada palabra, cada gesto, cada mirada, va estableciendo un modo de ser que revela al colectivo. Somos la universidad que somos nosotros mismos. En cada cual está ella con sus anhelos, sus virtudes y sus defectos. Somos una comunidad humana que, como todas, se debe a sí misma, en la medida de cada uno de sus miembros. Quienes hoy se despiden se quedan en el espíritu que han imprimido con su contribución.

La universidad no son sus edificios ni sus jardines; estos son apenas el soporte de la vida que fluye por ella. Por los antiguos salones de la UMCE habitan todos los que han sido maestros y colaboradores en la misión educativa que nos ha encomendado la nación. El tiempo se extiende en nuestros egresados, como una posta que traslada la antorcha del triunfo

por los caminos de la patria. Aquí está el fuego original preservándose en los corazones de esta ciudadanía universitaria.

Entonces, ser universitario es una forma de ser. Un estilo de vida. Un compromiso. Permanecemos unidos cuando la memoria fija la historia común y le rinde su valor. Como dice Cervantes, en el Quijote, "por la gloria del empeño", y - como nosotros decimos - por la fuerza de nuestras convicciones, sabremos contener el tiempo, y obtener de él nuevos dominios de humanidad. Lo que han dicho y hecho las amigas y amigos que hoy despedimos con tanto cariño, seguirá viviendo en nosotros como semillas nutricias de la misión educativa de la UMCE; que no es otra que contribuir a que todos sean mejores y más felices: las sociedades deberían juzgarse por su capacidad para hacer feliz a la gente. Por lo tanto, nosotros queremos ser buenos administradores del optimismo y de la fe en el ser humano. Entonces, mirado así, cómo no va a ser importante lo que ustedes han entregado.

Cuánto nos ha costado constituirnos en la universidad pedagógica de Chile. Cuántos desvelos. Cuántas ceremonias de refundación. Cuántas veces hemos renacido desde la incertidumbre. Cuántas amenazas han sido conjuradas. Pero siempre será un privilegio haber vivido una vida algo difícil. Esta universidad se niega a morir, porque sabe que tiene viva la fe de sus académicos y

colaboradores. Sabe que sus estudiantes son los mejores del país, los más capaces para la pedagogía, los más nobles. Ellos vienen aquí porque confían en nosotros. Así debe ser. Así seguirá siendo.

Al respecto, quiero aprovechar la ocasión de este discurso para desplegar el regalo que queremos ofrecerles. Se trata de este hermoso libro institucional que hemos producido para mostrar el alma de la universidad. Otros ya lo recibieron antes. Está reservado para las grandes ocasiones y para las grandes personas. Desde luego, la UMCE es más, muchísimo más que estas hermosas imágenes. Nos queda la sensación de que todavía hay cosas que decir, historias que contar; lugares secretos, otros árboles que mostrar; personas extraordinarias ... La única síntesis probable es la poesía. Porque en los pliegues del paisaje yacen ocultas las raíces, la tierra misma, la hendidura profunda de los pasos que cruzaron sus campus, unos tras otros, cimentando con la suma de los días la historia de nuestra universidad. Tantas voces, tantas manos que escribieron, tantas ilusiones. El paisaje sigue ahí. El lector - espectador que está todavía o que alguna vez estuvo, tendrá que completar el libro con sus propias emociones. Nosotros simplemente hemos puesto algunas semillas de belleza, algunos brochazos de color y poesía.

Queremos que se reconozcan en estos espacios donde transcurrieron sus vidas, donde

encontraron el amor, donde cultivaron la esperanza y aprendieron la solidaridad. Cuántos chilenos han sido validados existencial y profesionalmente por esta universidad. Ustedes mismos. Cuántos profesores han entregado su corazón y sus manos a la obra de hacer mejor a nuestro país, de ayudarlo a crecer.

Los que nunca estuvieron, ahora están, con esta obra, incorporados por el hechizo de este monumental escenario de la educación, que es patrimonio de todos los chilenos; que seguirá siéndolo, porque ya forma parte del imaginario cultural del país. Nadie que haya experimentado su influjo educativo, como alumno, como profesor, como ciudadano, podría renunciar a su compromiso de defender su valía institucional, de luchar por su cada vez más necesaria presencia en el servicio educativo.

Quiero decir que sin la UMCE, el país sería otro, muy distinto, ¡cómo podríamos saberlo exactamente! Pero nunca mejor de lo que ha sido capaz de ser por el aporte indiscutible, por la mágica existencia de nuestra universidad pedagógica y su fuerza transformadora de la sociedad.

Por lo mismo, el futuro de Chile nos merece. ¿Se dan cuenta?

A esta fortaleza han contribuido todos ustedes, amigas y amigos. Cómo quisiera hablar de cada uno de ustedes. También de los que alguna vez estuvieron con nosotros. Pero que no sea la

muerte el pretexto para hablar de las cosas buenas que ocurren día a día en nuestra universidad. Cómo quisiera seguir compartiendo el café de la vida en los jardines de esta casa, con todos ustedes: la invisible música del encuentro. Cómo quisiera saber más de su hermosa locura; porque no se puede ser auténtico maestro, sin una dosis perfecta de desvarío. Cómo quisiera descifrar los misterios de su corazón. Cómo quisiera abrazar su sencillez; porque sin ella, tampoco se puede ser maestro. Cómo quisiera decirles, a cada uno, que esta universidad los quiere. Gracias, muchas gracias. Cómo quisiera abrazarlos y abrazarlas a todos juntos, en uno solo y total abrazo fraterno, lleno de gratitud. Mi abrazo es el signo de amistad de toda la universidad. Que la vida les dé todas las alegrías que se merecen. Que la salud los acompañe siempre, hasta el final indispensable que a todos nos reúne. Que mientras tanto, la dulce serenidad de los nuevos trabajos, sean plenos de orgullo por la humanidad entregada.

La UMCE los saluda. Sus colegas y amigos los acompañan. Sus estudiantes los llevan en sus actos por todo el futuro. Tarde o temprano reconocerán sus marcas.